

# EL RITO, LA INICIACIÓN Y EL SIMBOLISMO MASÓNICOS

*José Antonio Ullate Fabo*

## 1. Introducción

La masonería, como dice Gaston Martin, no hace «desaparecer las opiniones individuales de sus adeptos [en materia de religión N. d. A.], pero les ofrece la conciencia de una verdad general superior a sus especulaciones individuales y les impone como primer deber el de la estricta observancia de esa verdad». También hemos seguido la genealogía de esa «conciencia de una verdad superior a sus especulaciones individuales» y su parentesco con la cosmovisión que ofrece la antigua doctrina de la Cábala. Nuestro examen de la masonería como tal no puede concluir sin fijarnos en la forma en la que esa doctrina se transmite a los miembros: su pedagogía interna, expresada sobre todo en su ritual.

En la masonería, el rito suele designar, en palabras de Mackey, «un método para conferir la luz masónica mediante un conjunto ordenado de grados. Es, en otras palabras, el método y el orden que se sigue para el gobierno del sistema masónico». Por lo tanto, en la masonería se distingue entre rito y ritual. El rito es cada uno de los métodos (de York, escocés antiguo y aceptado, escocés rectificado...) de acuerdo a los cuales se educa en la doctrina masónica a los miembros. La creatividad de los masones a la hora de crear nuevos ritos es exuberante. A mediados del siglo XIX, Albert Gallatin Mackey recogía los 37 ritos «más importantes» en aquel tiempo y Ragon enumeraba hasta 108. «Ha habido multitud de estos ritos. Muchos de ellos no sobrevivieron a sus autores y desaparecieron cuando dejó de existir quien los ideó», explica Mackey, para

quien, como para Clavel y un gran número de masones, la proliferación de ritos «sigue dividiendo la familia masónica y, en realidad, éstos sólo proporcionan diferentes métodos para alcanzar la Verdad Divina mediante la luz masónica». De modo que una vez más nos encontramos con la unidad esencial de todas las masonerías, que tienen como objeto alcanzar una cierta «Verdad Divina» mediante lo que denominan «luz masónica».

Cada uno de los diferentes ritos incluye una escala de grados. El adepto, pasando de un grado a otro, va ascendiendo en su aproximación a esa «Verdad Divina» cuya esencia ya conocemos. Esa gradación nos introduce en el concepto de «ritual» (o también «rito» en otras versiones). Para Mackey, el ritual (o «rito», en minúscula) es «el modo de abrir y de cerrar una logia, de conferir cada uno de los grados, de instalar en un cargo, y está formado por un sistema de ceremonias». Es decir, el ritual o rito es el conjunto de ceremonias para cada ocasión dentro de la actividad masónica. Ritual también se denomina al libro que recoge las prescripciones para la ejecución de cada ceremonia.

Los tres primeros grados de todo Rito masónico son los mismos (aprendiz, compañero y maestro). Son los directamente heredados de la etapa operativa y conforman lo que se denomina la masonería azul o simbólica. Por encima de estos tres grados básicos, cada uno de los Ritos dispone de una amplia gama de nuevos grados. Son lo que se ha denominado los «altos grados» o «masonería filosófica». La mayor parte de los masones han considerado una calamidad la introducción de los altos grados (que se suele atribuir convencionalmente al caballero de Ramsay). Para quienes así piensan, los altos grados han desvirtuado la masonería primigenia, representada por los tres primeros grados; pero tampoco faltan quienes razonan al revés, y piensan que los altos grados son la auténtica masonería y que la masonería azul es sólo una etapa preliminar para alcanzar las enseñanzas que se ocultan en la masonería filosófica. En una obra clásica del Rito escocés antiguo y aceptado, como es *Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, Albert Pike hace una cruda declaración al respecto:

«Los símbolos de los sabios siempre se convierten en ídolos para la muchedumbre. Las auténticas creencias y enseñanzas de los jefes de la orden se muestran en los consejos que contienen los altos grados de la francmasonería y en los símbolos que sólo entienden los adeptos.

Los grados azules [los tres primeros, la masonería simbólica] no son más que el patio exterior o el pórtico del Templo. Al iniciado se le muestran sólo una parte de los símbolos, pero intencionalmente se le induce a error al proporcionarle falsas interpretaciones. No se pretende que los entienda, sino que lo que se busca es que se imagine que los entiende. La verdadera explicación de los símbolos está reservada para los adeptos, para los Príncipes de la masonería. Desde hace siglos, todo el cuerpo del arte real y sacerdotal se ocultó tan cuidadosamente en los altos grados que incluso ahora resulta imposible resolver algunos de los enigmas que contienen. Es bueno que la masa de los llamados masones imagine que todo está contenido en los grados azules, y el que intente sacarles de su error trabajará en vano y violará sus obligaciones de adepto a la masonería sin ninguna recompensa».

John Yarker, quien había alcanzado los más altos grados dentro de varios Ritos, entre ellos el swedenborgiano y el antiguo y primitivo, también piensa, como Pike, que sólo en los altos grados se accede a la esencia de la masonería:

«Si le habláis a uno de los más jóvenes maestros masones acerca de nuestros ritos más instruidos [los altos grados, N. d. A.] es muy probable que os diga palabras como éstas: “¡Pero si vosotros no tenéis reconocimiento! No podéis esperar que una sociedad fundada por el rey Salomón reconozca los modernos altos grados”. Pero hermanos míos, si dentro de la masonería existe algo de lo que estamos más ciertos es que los así llamados misterios más altos [los revelados en los altos grados, N. d. A.], de los que las logias azules no tienen ninguna noticia y por lo tanto no se puede pretender que los reconozcan, poseen una historia más auténtica y más importante que la masonería azul».

Con independencia de lo significativos que resulten pareceres como éstos, resulta, sin embargo, indudable que los altos grados históricamente son una excrecencia de los tres grados iniciales. Si se quiere, los altos grados son una consecuencia,

exorbitante pero natural, de los principios sobre los que se funda la masonería especulativa simbólica. Los altos grados pertenecen al mismo género que la masonería azul y, sus diferencias (una más abigarrada simbología, mayor propensión al esoterismo, nuevas leyendas y nuevos rituales para cada uno de los subsiguientes grados), no son más que cuestiones secundarias, aspectos de los que en muchas épocas han prescindido la mayoría de los masones.

La esencia de la masonería –tanto azul como filosófica, de una u otra obediencia– es, desde el punto de vista ideológico, solo una. Si lo que se quiere es conocer en qué consiste la masonería no hay que dejarse confundir por la proliferación de denominaciones complejas de las que tan amantes son los masones. El lector que quiera hacerse una idea cabal de la esencia de la masonería no tiene por qué conocer cuál es la diferencia entre el rito de emulación, el escocés antiguo y aceptado, y el escocés rectificado, por mencionar algunos de los más difundidos. Lo importante es saber que en la masonería existe una gran variedad de ritos, pero sobre todo que el rito –la ritualidad– en sí es algo esencial para la masonería.

Los ritos y los rituales aportan a la Orden, desde el punto de vista sensible, uno de los atractivos que han contribuido a llevar a muchos hombres a las logias, de la misma manera que constituyen una de las barreras que han mantenido alejados de ellas a muchos otros. En ese sentido es una cuestión de gustos. Los rituales, llenos de pautas corales, de multitud de indicaciones de etiqueta y coreográficas, con su gran carga teatral, hacen que la participación en ellos proporcione al masón un abigarrado conjunto de sensaciones.

El ritual es el aspecto exterior, pautado, objetivo y exótico del Rito; la repercusión del ritual en el adepto, particularmente del ritual de introducción en cada uno de los grados, constituye el aspecto subjetivo: la iniciación.

## **2. La iniciación masónica**

La palabra iniciación hace referencia a la introducción de una persona en una situación vital nueva, ya sea en el terreno moral, afectivo, intelectual o espiritual.

La iniciación masónica está emparentada, según la mayor parte de sus propios adeptos, con las que tenían lugar en los cultos místéricos de la antigüedad, y es de naturaleza completamente diferente a la iniciación cristiana. En la religión cristiana, la iniciación es una instrucción sobre la fe, la moral, los sacramentos y la disciplina de la Iglesia, seguida de la introducción práctica en la vida cristiana, particularmente en la recepción de los sacramentos, la oración y la vida moral.

En el caso de la masonería, al igual que en los cultos antiguos, no estamos ante un Dios personal que se revela y que se entrega por los hombres. La concepción es más bien, como explica Mircea Eliade, la de un mundo que necesita ser dotado de sentido —que el caos pase a ser cosmos— mediante la acción de los hombres «que reactualizan de un modo ritual el acto de la creación». El iniciado recibe una sabiduría originaria con la que él mismo se vuelve «cosmos» y se convierte en principio ordenador de la realidad. El hombre religioso antiguo sentía terror ante el caos que amenazaba su existencia y por eso se convertía, mediante su iniciación, en agente que dota de sentido a todo lo real. El hombre religioso antiguo, según Eliade, «imita la obra de los dioses»: «La profunda nostalgia del hombre religioso es la de habitar en un mundo divino [...]. Esta nostalgia expresa el deseo de vivir en un cosmos puro y santo, tal como era al principio, cuando estaba saliendo de las manos del Creador».

Mackey, hablando de la relación de los «antiguos misterios» de las viejas religiones paganas, afirma que éstos, en muchos aspectos, tienen un parecido remarcable con los ritos de la francmasonería, tanto «que parece que deba existir algún tipo de conexión entre ellos». De hecho, la explicación más corriente entre los masones asocia sus ritos a la transmisión de antiguos misterios.

Pero, mientras que el estudio de los ritos masónicos enfrenta al investigador con una realidad objetiva, resulta más complicado calibrar el significado de la iniciación. ¿En qué consiste propiamente? ¿qué *le pasa* al iniciando durante el rito? ¿recibe una iluminación, sufre un cambio metafísico, vive una experiencia psicológica? El lector no

se sorprenderá si descubre que, a pesar de que el ritualismo es un ingrediente indispensable para la existencia de la masonería, y en particular el ritual iniciático, entre los mismos masones se está lejos de lograr una unanimidad en torno al alcance de la iniciación masónica. Casi todos están conformes en afirmar la suprema importancia de la iniciación, pero a partir de ahí nos encontramos con interpretaciones diferentes e incluso contradictorias. En torno a la iniciación, una vez más, asoma el carácter *poético* –más que *racional*– de la masonería.

Alec Mellor minimiza la importancia de la iniciación, reduciéndola a su mero sentido cronológico y material de punto de partida: «Literalmente es un comienzo, *un capirotazo de salida*, que diría Pascal. El iniciado es el hombre que se pone, herramientas en mano y habiendo recibido la instrucción, delante de su trabajo. A él le toca proseguirlo». El magistrado parisién se lamenta de que «para muchos el término no evoque la idea de un hombre “comenzado”, de un novato, sino la idea de un hombre puesto al corriente, soberanamente informado de un solo golpe, iluminado por el conocimiento, como por efecto de un toque de varita mágica. De esta concepción han nacido discutibles expresiones como “alto iniciado” y otras que esconden una contradicción, porque si la iniciación es un comienzo, ¡un iniciado no podría ser “alto”!». Mellor reivindica la terminología ocultista que «sabiamente opone al concepto de iniciado el de adepto, y es lamentable que no haya prevalecido a la hora de hablar de un sujeto que es un recién llegado a la consecución de sus fines espirituales». Mellor confunde sus deseos con la realidad. La identificación del iniciado con el adepto es precisamente de matriz ocultista. En cualquier caso, la idea de Mellor en cuanto a la iniciación es clara: el aspirante que se somete a los ritos de iniciación masónica no sufre en ellos ningún cambio especial; sencillamente traspone el umbral del taller en el que se le van a enseñar las técnicas con las que va a alcanzar sus «fines espirituales». Es una concepción meramente cronológica: iniciado es el que ha «iniciado» su camino masónico.

Otros, como Serrano y Altarriba, hablan de la iniciación como de un proceso que tiene lugar no sólo durante el ritual de ingreso en cada grado, sino que incluye toda la vida masónica del adepto. Estos autores hablan con excesiva imprecisión de ese proceso y le atribuyen todo tipo de progresos en el conocimiento otorgando una importancia especial al aspecto experimental de esos conocimientos. En todo caso ya no se habla de la iniciación en el sentido de Mellor, como mero echar a andar, sino que para estos autores la iniciación es todo el proceso –dilatado en el tiempo– de adquisición de esa imprecisa sabiduría. Para Mellor, conforme el debutante avanza en sus logros formativos va dejando de ser iniciado para convertirse en adepto; para Serrano y Altarriba, el adepto va convirtiéndose cada vez más en iniciado.

La explicación de Mellor excluye positivamente el cambio objetivo y «mágico» por obra del ritual, mientras que la de Serrano y Altarriba no se pronuncia sobre este espinoso particular. Ambas explicaciones, diferentes, hacen hincapié en un proceso subjetivo de adquisición de una sabiduría (*ex opere operantis*, por trazar una analogía con la teología sacramental).

Otro bloque está conformado por los masones que atribuyen al rito iniciático una eficacia en Sí (*ex opere operato*), al margen de los progresos del candidato. Entre los que así piensan, unos afirman que la iniciación masónica que tiene lugar mediante el ritual consiste en un «psicodrama», una vivencia del sujeto que, impersonando a un personaje, se identifica con la experiencia de éste. Por ejemplo, al representar a Hiram, el arquitecto del templo de Salomón, que sufre tres sucesivos asaltos y que finalmente muere por no revelar el secreto del templo, el candidato sufre una conmoción en el orden sensible que le hace adquirir un «conocimiento poético» de aquella enseñanza. En ese sentido, el maestro Javier Otaola explica que «iniciación es cualquier experiencia, cualquier conocimiento que tiene virtualidad para conmovernos, para transformarnos, que suscita en nosotros un proceso de cambio». Otaola cita a Oswald Wirth para ilustrar su tesis: «La iniciación no es de orden meramente intelectual y no tiene por objeto satisfacer la curiosidad gracias a la revelación de

ciertos misterios inasequibles al profano. Lo que nos viene a enseñar es... un arte, el arte de la vida». Según Otaola,

«hay estados de consciencia que pueden ser inducidos voluntaria y paulatinamente aplicando una determinada voluntad a esa transformación y mediante la adquisición de “conocimientos” que no son realmente conocimientos, sino hábitos mentales, pautas de conducta, estructuras narrativas incorporadas a nuestro particular guión vital... La iniciación es, por tanto, la puesta en marcha de un proceso de transformación personal, es la “hiper-estimulación” del proceso de “individualización” latente en todos nosotros, todo ello de acuerdo con una tradición de origen profesional, celosamente conservada en lo esencial...».

No está a mi alcance comprender a qué se refiere el autor al hablar de estados de consciencia inducidos voluntaria y paulatinamente al adquirir conocimientos que no son conocimientos, sino estructuras narrativas incorporadas a nuestro guión vital o de hiper-estimulación del proceso de individualización. En cualquier caso, este tipo de teorías representan una explicación «débil» de la eficacia objetiva del ritual iniciático. Tienen semejanzas con la hipótesis de Mellor al poner el acento en que la iniciación es una mera «puesta en marcha de un proceso», pero van más allá, otorgándole un mayor peso al proporcionar al iniciado una experiencia intensa.

Hay otros masones que hablan de una iluminación –con una variada y amplia gama de matices– que tendría lugar durante el ritual iniciático. En esta categoría se incluyen los que afirman que el iniciado recibe un conocimiento intelectual, y quienes se refieren a un no menos impreciso «conocimiento simbólico», o al despertar de «poderes psíquicos latentes». Los seguidores de estas tesis se colocan explícitamente en la tradición mágico-gnóstica. El ritual produce un cambio objetivo en la inteligencia del masón.

Por último, está la escuela más abiertamente gnóstica en lo tocante al valor de la iniciación ritual masónica, cuyo corifeo fue sin duda René Guénon y que atribuye una virtualidad ontológica a la iniciación: la persona queda cambiada y marcada en cuanto al Ser. Es la escuela que ha elaborado una doctrina más sistemática en torno a la iniciación, y la más



congruente con los elementos dogmáticos de la masonería. Por otra parte, Guénon, quien en un periplo vital complejísimo alcanzó los más altos grados de la masonería, aunque en su última etapa se desvinculó de la organización para dedicarse a la mística sufi, goza dentro de la masonería de mayor aceptación y prestigio que cualquier otro especialista sobre la iniciación. Un prestigio que no se limita a esta o aquella obediencia –hay logias masónicas *dedicadas* a René Guénon, tanto en la órbita de la Gran Logia Unida de Inglaterra como en la del Gran Oriente de Francia– y sus obras son recomendadas y son objeto de estudio en numerosas logias de todo el mundo.

Para Guénon, «la iniciación tiene como meta esencial rebasar el estadio individual para pasar a los estados superiores del Ser, incluso conducir al Ser más allá de todo estado condicionado». Por estados superiores, Guénon entiende estados en los que se supera la individualidad.

Guénon declara abiertamente que la vía espiritual iniciática es incompatible con lo que él llama la vía «mística»: la mística sería «algo exclusivamente occidental y específicamente cristiano».

Para Guénon, es necesario que el individuo sea aceptado por una organización tradicional regular cualificada para conferirle la iniciación, para transmitirle la influencia espiritual. «Es menester que una organización sea efectivamente depositaria de una influencia espiritual para poder comunicarla a los individuos que se vinculan a ella», lo que para Guénon excluye a lo que él denomina organizaciones «pseudo-iniciáticas» (espiritistas, teósofos, magos, etc.). Es necesario que se «mantenga sin ninguna interrupción la continuidad de la cadena iniciática».

Para Guénon, «los verdaderos ritos iniciáticos y los símbolos tradicionales son de origen *no humano*», y éstos tienen siempre «como meta poner al ser humano en relación con algo que rebasa su individualidad, que pertenece a otros estados de existencia».

Lo que es más importante es que, para Guénon, «el rito lleva siempre la eficacia en sí mismo a condición de que se cumpla conforme a las reglas tradicionales que aseguran su validez». De hecho, poco importa que el individuo comprenda

verdaderamente el significado del rito, «e incluso que no crea en su eficacia»: produce un cambio en el orden del Ser, puesto que el iniciado ha entrado en otro estado que supera la individualidad, un cambio irreversible:

«La cualidad de iniciado, una vez que ha sido recibida, no está vinculada al hecho de ser miembro activo de tal o cual organización; la vinculación no puede ser rota por nada, el lazo establecido por el carácter iniciático no depende de contingencias tales como una dimisión o una exclusión, que son de orden simplemente administrativo».

Para Guénon, por lo tanto, el rito iniciático es un acto de transmisión de una influencia espiritual que consiste principalmente en superar el estado individual, de la apariencia, y elevarse hasta un estado superior, incondicionado, del Ser. Este tipo de transmisión sólo puede realizarse en el seno de una organización que haya conservado ininterrumpidamente la cadena tradicional desde el comienzo del tiempo, y el origen de la iniciación no es una ciencia humana sino una intervención no humana.

La iniciación, para el erudito francés, no es ni un punto de partida moral, ni un proceso también moral, ni una experiencia o psicodrama, ni tampoco la participación en algún tipo de secretos ni en el despertar de potencias mágicas: es un escalamiento en la jerarquía de los múltiples estados del Ser. Esta doctrina refleja una cosmología gnóstica panteísta.

Como se puede advertir, los masones no se ponen de acuerdo a la hora de calibrar la importancia de la iniciación, ni siquiera son unánimes al determinar cuál es propiamente *la iniciación*, pues para unos será el ritual de paso, mientras que para otros será el proceso íntegro de aprendizaje masónico. El erudito masónico Henry Wilson Coil, en su *Enciclopedia masónica*, declara abiertamente que el término «iniciación» no es originalmente masónico, «puesto que la expresión usada habitualmente durante el siglo XVII en Inglaterra, y durante algún tiempo después, era «hacer un francmasón», y en Escocia se usaba la expresión «ingresar en el aprendizaje» para llegar a ser un «aprendiz ingresado (*entered apprentice*)», con lo que Coil no entra en lo relativo a la naturaleza del ingreso

o iniciación en la Orden, y prefiere insistir en su carácter de mero comienzo de la carrera masónica.

Un ex maestro masón, John Salza, aporta una clave decisiva al explicar que en la iniciación «se deja que sea el propio masón quien descubra por sí mismo el significado espiritual de esta iluminación», pero al mismo tiempo «se le hace pensar que ya posee un conocimiento de esa luz y de la verdad, mientras que el no iniciado no lo posee». En la iniciación juega un importante papel la sugestión de pensar que ya se pertenece al selecto grupo de los que han recibido la luz, aunque no se tenga claro en qué consiste dicha iluminación. La vanidad es, sin duda, un ingrediente esencial de la iniciación masónica.

### 3. Los rituales

El erudito Mackey nos habla de cinco teorías para explicar la relación entre los antiguos misterios y los rituales de masonería.

La primera teoría («abrazada y enseñada por el doctor Oliver») sostiene que los antiguos misterios y los ritos de la masonería provienen de una fuente común: la religión patriarcal instituida por Dios mismo al comienzo del tiempo, culto que merced a la torpeza de los hombres, se habría perdido y sólo subsistiría en los símbolos y mitos transmitidos por el mundo pagano.

Una segunda explicación afirma, como la primera, que el origen de los misterios es la religión patriarcal y que la masonería, que participaba desde el comienzo de aquellos misterios, durante la construcción del templo del rey Salomón les añadió el velo del misterio, tomado del culto báquico y dionisiaco, «para preservar los misterios de la corrupción y de la contaminación».

La tercera hipótesis la habría sugerido «el padre Robin» y atribuye el injerto de los misterios antiguos en la masonería a la obra de los templarios, quienes poseerían previamente en sus iniciaciones caballerescas el conocimiento del arcano.

La cuarta escuela, iniciada por el «reverendo King en su tratado *Sobre los gnósticos*», enseña que el culto a Mitra, muy

extendido en el Imperio romano antes de la difusión del cristianismo, andando el tiempo transmitió los misterios antiguos a algunas sociedades secretas nacidas en el seno de la religión cristiana, las cuales los conservaron hasta comunicarlos a su vez a la masonería especulativa.

«Pero quizá, después de todo, la teoría más verosímil de todas es la que descarta todas las sucesivas vinculaciones mediante una supuesta cadena que descendería desde los misterios primitivos hasta la masonería, y que atribuye la íntima semejanza entre aquellos misterios y los ritos de la masonería a una coincidencia natural del pensamiento humano», explica Mackey. La teoría más verosímil, con permiso del maestro Mackey, es la que apunta a la profunda carga ritual de las antiguas confraternidades de constructores, cuyos ritos, penetrados de un sentido cada vez más esotérico hermético-cabalista a lo largo del periodo de transición, desembocaron en la ritualidad actual de la hermandad masónica. Lo más probable es, pues, un doble origen de los rituales masónicos: desde el punto de vista material, la base de los rituales se encontraba ya en gran medida en la llamada masonería operativa; desde el punto de vista formal, la principal dependencia se establece respecto de los movimientos herméticos renacentistas. Estamos muy lejos del escenario guenoniano, según el cual, la masonería sería la continuación ininterrumpida de una secuencia proveniente del alba de los tiempos, cadena a través de la cual se transmitiría la influencia espiritual o carácter iniciático «no humano».

El hombre tiene propensión al rito. Está en su naturaleza. El norteamericano Jim Tresner, grado 33, fundamenta la ritualidad masónica en la tendencia natural de los humanos a repetir conductas:

«Todos nosotros participamos en rituales continuamente, lo que ocurre es que no siempre somos conscientes de ello. Por ejemplo, la mayoría de la gente tiene una rutina matinal. Algunos se afeitan antes de ducharse; otros, después de la ducha; y otros más, se afeitan mientras se duchan; pero, sea como sea, habitualmente cada uno lo hace siempre de la misma manera. Hay algunos que tienen rutinas tan exactas por la mañana que siempre se ponen el calcetín derecho antes que el izquierdo.

La rutina matinal es un ritual [...] Nuestras vidas están llenas y rodeadas de rituales, desde el nacimiento hasta la muerte, pasando por el matrimonio, ¿por qué?»

Tresner enumera algunas respuestas para ese por qué:

1. El ritual nos proporciona una trama sobre la que organizarnos. El ser humano no funciona bien con el desorden y, por esa razón, hace listas de cosas que debe hacer, comprar o leer: el ritual funciona del mismo modo. «El ritual nos proporciona una especie de lista mental para muchas actividades de la vida».
2. El ritual facilita las relaciones con los demás. Casi todas las familias —explica Tresner— tienen rituales familiares, cosas que hacen de un cierto modo, y «esos rituales fortalecen la unidad de la familia». Otros rituales tienen que ver con personas de fuera de la familia: un apretón de manos, respetar el turno en las conversaciones y, en general, las cosas que llamamos «buena educación», son rituales sociales que hacen más sencillo que todo el mundo sepa cómo comportarse y que las situaciones se desarrollen sin sobresaltos.
3. El ritual es una poderosa herramienta pedagógica. Desde los ritos tribales en los que el joven aprende a cazar hasta las cancioncillas mnemotécnicas infantiles para aprender la tabla de multiplicar, son rituales que facilitan el aprendizaje.
4. El ritual nos proporciona un sentido de identidad. «Nos sentimos bien o completos cuando seguimos ciertos rituales, y nos sentimos incómodos y hasta turbados cuando no podemos repetirlos».
5. Los rituales nos ayudan a prepararnos, a «ambientarnos» para alguna actividad. «Ya sea para una ceremonia religiosa o para asistir a un partido de fútbol», antes de comenzar nos solemos disponer mediante la repetición de ciertas pautas.
6. El ritual nos permite condensar mucho en un breve espacio de tiempo. «El ritual enriquece una experiencia al concentrarla», prescindiendo de todos los detalles que requeriría una explicación completa cada vez que se realiza algo.

Para Tresner, «el ritual de la masonería implica todo lo anterior y más», y concluye que no sólo los masones, sino todas las personas, necesitamos del ritual y que, concretamente, en la masonería constituye «la ligazón que nos mantiene unidos. Es importante. Nos hace ser nosotros mismos».

#### 4. Los ritos y el trabajo masónico

El Rito masónico «se podría definir como una presentación particular de la masonería, cuyo carácter se distingue del de otros ritos por la forma», dice Ferrer Benimeli. Cada uno de los Ritos es, pues, «una presentación particular de la masonería», un modo concreto de actualizar la doctrina masónica, al lado de otros posibles o, si se prefiere, «una rama particular de la masonería».

Dentro de cada Rito se prescriben las formas peculiares de los ritos (con minúscula): la forma específica para iniciar en un grado, para abrir y cerrar una sesión, etc.

Según Coil, esta distinción de sentidos de la palabra rito surge a comienzos del siglo XVIII: «En Francia, el término rito comenzó a usarse en un sentido distinto, no simplemente como un grupo de ceremonias relacionadas entre sí, sino para designar una determinada colección de grados asociados bajo una administración o gobierno común. El primer Rito del que tenemos noticia en ese sentido nuevo es el *Rito de Perfección*, que en aquella época obtuvo gran preeminencia y que contaba con veinticinco grados». Coil explica la evolución de ese primer Rito: «En 1761 se llevó a Estados Unidos el Rito original de *Perfección* [...]. En 1801, en Charleston, fue ampliado, pasando de tener veinticinco grados a treinta y tres, y se le denominó *Rito Escocés Antiguo y Aceptado*».

En principio, los grados de la masonería azul, o simbólica, son comunes a todos los Ritos masónicos, aunque en la práctica algunas logias azules tienen dependencia de uno u otro Rito. Los llamados altos grados son los que, dentro de cada Rito diferente, se añaden a los tres básicos o azules de aprendiz, compañero y maestro. Por ejemplo, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado cuenta con treinta y tres grados (treinta por encima de los azules), y el Rito de Memphis y Misraim tiene noventa y nueve grados.

Para nuestro propósito no tiene interés detenerse en cada uno de los sistemas rituales, sino sólo comprender el papel que juegan en la vida del iniciado. Son la forma concreta en la que el hermano va progresando en las enseñanzas mistericas de la masonería.

Como ejemplo, nos fijaremos en uno de los más difundidos, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado. En este Rito el progreso del masón está escalonado en treinta y tres «etapas» o grados, divididos en los siguientes bloques:

- los tres primeros grados conforman la conocida «masonería azul»: son los grados simbólicos, básicos o dogmáticos;
- las etapas que van de la cuarta a la decimoctava constituyen los grados capitulares o «masonería roja» («maestro secreto», «maestro perfecto», «secretario íntimo», «preboste y juez», «intendente de fábrica», «maestro escogido de los nueve», «ilustre elegido de los quince»....);
- desde el grado diecinueve hasta el treinta inclusive se denominan «la masonería negra» («gran pontífice o sublime escocés», «soberano príncipe de la masonería», «patriarca noáquida», «caballero de la real hacha», «gran elegido caballero Kadosh»);
- por último, los tres últimos grados («sublimes, consistoriales y administrativos») forman la «masonería blanca» (son «el gran inspector inquisidor comendador», «el sublime y valiente príncipe del real secreto» y el «soberano gran inspector general»).

Existen otras formas de dividir los treinta y tres grados escoceses, como por ejemplo en siete secciones, tal como lo hace Mackey:

1. La logia simbólica (los tres grados azules);
2. La logia de perfección (del grado cuarto al decimocuarto);
3. El Consejo de los príncipes de Jerusalén (grados quince y dieciséis);
4. El Capítulo de la Rosa Cruz (grados diecisiete y dieciocho);
5. El Consejo de Kadosh (grados desde el diecinueve hasta el treinta);

6. El Consistorio de los sublimes príncipes del Real Secreto (grados treinta y uno, y treinta y dos);

7. Supremo Consejo (del grado treinta y tres).

Los Ritos y los ritos encauzan el trabajo masónico, objeto principal de la logia. «Desde la ceremonia de su apertura, hasta su clausura, se dice que una logia está *trabajando*», dice Mackey, y añade que «los masones se emplean en el levantamiento de una superestructura de virtud y de moralidad sobre los cimientos de los principios masónicos en los que fueron instruidos cuando fueron admitidos en la orden».

Mackey distingue dos tipos de actividades en el seno de la logia masónica:

- los «negocios»: «Cuando la logia se dedica a la lectura de peticiones, a escuchar informes, a discutir asuntos financieros, etc.»;
- el «trabajo» propiamente: «Cuando se dedica a las formalidades y ceremonias de una iniciación de cualquier grado».

«En cuanto masones, trabajamos en nuestras logias para hacer de nosotros mismos un edificio perfecto, sin defectos», resume Mackey. El Rito, a través de los ritos o rituales del trabajo masónico, va haciendo del masón «un edificio perfecto», conforme a los principios ideales que ya hemos estudiado. Esta formación se realiza, como no podía ser de otro modo, por etapas sucesivas, dado que el ser humano no tiene una capacidad intuitiva, sino que aprende y razona de forma gradual. Lo que es típicamente peculiar de la masonería y no se deriva de la naturaleza de las cosas es que las enseñanzas de una etapa puedan adquirir un sentido diferente en etapas sucesivas, hasta llegar a cambiar sustancialmente. En cualquier disciplina intelectual, un itinerario de formación comienza por lo más general y sencillo para remontarse progresivamente hasta lo más específico y complejo, pero nunca una verdad adquirida en una etapa previa se ve desmentida en una sucesiva: se profundiza en ella, pero se va de claridad en claridad. En la masonería, la naturaleza simbólica de las enseñanzas permite que la interpretación de los símbolos hecha en un grado inicial se vea contradicha por otra interpretación superior, al menos a decir de Pike, de Yarker y de muchos otros masones.



## 5. El simbolismo masónico

El ser humano está rodeado de símbolos, unos naturales y otros que él mismo crea para poder comunicarse. Pero al hablar de «simbolismo masónico» nos referimos al peculiar uso de determinados emblemas, figuras o palabras dentro de la masonería. El simbolismo es omnipresente en la logia. No se puede concebir el trabajo masónico sin el símbolo.

La decoración del templo y su disposición, los jalones de los ritos, las palabras de paso, los emblemas y las alegorías, en fin, todo el mundo simbólico de la logia, puede en un primer momento dar la impresión de un folclorismo vacío de significado o de una colección de elementos ornamentales pueriles. Nada más lejos de la realidad. Los masones afirman que nada en la Orden es superfluo o meramente «coreográfico», sino que todo tiene un fin preciso al que sirve. Pensemos que, como dice el masón Porciatti en su *Simbología masónica*, «ningún rito carece de valor. Aunque se realice maquinalmente, el acto ritual tiene su eficacia». Para Porciatti, por ejemplo, un masón que se prepara para entrar en la logia para una reunión,

«con mil preocupaciones en la cabeza se ciñe su mandil, pensando en otra cosa; después, sin prestar atención, adopta la posición prescrita en el ritual, da la señal y realiza la marcha del grado para, finalmente, colocarse entre las columnas. Aunque por un casual todo esto se hubiera realizado distraídamente, por costumbre, el masón –sin darse cuenta– está siendo influenciado ocultamente, de modo que nunca se conducirá en la logia como lo haría en una reunión pública. Todo se produce como si cada uno de los actos sucesivos hubiera tenido su propia repercusión en el misterioso terreno del sentimiento. A falta de la conciencia, el mandil advierte al inconsciente que no puede seguir siendo el mismo hombre. La mano colocada bajo la garganta ha tenido realmente el efecto de contener las pasiones en el pecho, para que el signo de la escuadra pueda sin mentira afirmar: “Mi cerebro está en calma y yo aquí juzgaré con imparcialidad, con la rígida equidad que me impone mi carácter de masón”. Hace falta ser un psicólogo incompetente para burlarse de unas prácticas que, sólo dejándose engañar por las apariencias, pueden parecer pueriles».

Para preservar el efecto sugestivo de sus simbolismos, en general los masones insisten en que deben mantenerse inalterados, al menos en sus ingredientes esenciales, pues la auténtica iniciación «está toda contenida en el simbolismo y en el ritual masónico», como afirma el masón Augusto Lista. El iniciado es propiamente el resultado de la eficacia del simbolismo.

Con independencia de que se acepte o no esa eficacia cuasi mágica de los símbolos, lo que sí es cierto es su valor insustituible a la hora de ir configurando progresivamente la mentalidad del masón. Desde que entra por primera vez en la logia, proveniente del mundo «profano», el adepto va familiarizándose con esos símbolos y con sus distintas interpretaciones. Esa familiaridad progresiva tiene un doble efecto: desde el punto de vista afectivo, refuerza la vinculación del masón con la Orden y le hace ingresar en el círculo de los «familiares», los únicos que comprenden la interpretación de esos signos; desde el punto de vista doctrinal, esa disposición afectiva favorable permite que el adepto vaya identificándose cada vez más fácilmente con la peculiar visión masónica de la vida.

Gradualmente, el masón, mediante su convivencia con los símbolos masónicos y sus explicaciones, se va efectivamente transformando, en el sentido de que se va «liberando» de las concepciones que había recibido fuera de la logia, y se identifica con la «sabiduría secreta» de la Orden.

Hay que pensar que raramente el masón ingresa en la institución con una claridad perfecta sobre la doctrina de ésta. Eso sólo sucede en personas que proceden de un ambiente social y familiar vinculado a la logia. Dado que en la misma naturaleza de la masonería está el velar sus enseñanzas hasta el momento en que se traspasa el umbral del templo –y aún entonces, proceder de forma iniciática y gradual–, el candidato desconoce los contenidos reales de la doctrina masónica. Entonces, ¿qué le lleva a ingresar? Ciertamente, el apetito por participar en un secreto y formar parte de un grupo exclusivo y otras motivaciones semejantes. Estas inclinaciones guardan parentesco con la vanidad y con la curiosidad, que están lejos de constituir

virtudes. Por lo tanto, antes de entrar en la masonería, el masón puede haber recibido muchas explicaciones vagas (de las que ha comprendido cosas superficiales), pero el elemento decisivo para dar el paso de integrarse no está fundado en la razón, pues a la razón no se le permite contemplar las enseñanzas masónicas antes del ingreso (bajo la excusa de que el profano no tiene la luz para comprenderlas). No son razones intelectuales las que atraen a la loggia, sino motivaciones afectivas desordenadas (curiosidad y vanidad).

El candidato no sabe nada realmente, pero tiene una disposición favorable: los símbolos van a fortalecer esa disposición emocional a ir hacia delante en busca de la oculta enseñanza de la masonería, puesto que es en torno a los símbolos como se va transmitiendo la enseñanza del masón.

El simbolismo masónico es la coagulación, la síntesis, de la doctrina naturalista de la masonería. En eso radica su importancia.

Coil explica que el «solo propósito de los símbolos es enseñar *la masonería*. Los símbolos son medios para un fin, son señales que apuntan hacia valores que ellos mismos no poseen. El fin último de todos ellos es la enseñanza moral, la ética, la verdad». Moral, ética y verdad masónicas, claro está.

Los símbolos irán haciendo entender al masón que su idea previa del sentido de la vida, sus concepciones religiosas (creación, pecado, redención, vida sobrenatural) son explicaciones míticas, que no hay que despreciar, pero que hay que ir dotando de un contenido nuevo, a la luz de la razón y de la iluminación iniciática. El simbolismo masónico es una herramienta esencial para relativizar las anteriores convicciones del masón. Un ejemplo servirá para ilustrar mejor esa virtud relativizadora de los símbolos, tal como son entendidos en la masonería: el del acróstico I.N.R.I. Lógicamente, este símbolo tiene un significado original que es el que el iniciado ha conocido –en mayor o menor medida– antes de su ingreso: se trata de las iniciales de las palabras latinas *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum* (Jesús Nazareno, rey de los judíos), inscripción que mandó poner el pretor Poncio Pilato sobre la cruz en la que fue clavado Jesucristo.

El símbolo I.N.R.I. se conserva dentro del templo masónico, pero con otra utilidad y otro significado. La otra utilidad es la de, precisamente mediante la apariencia de continuidad, tranquilizar a los espíritus más escrupulosos. A éstos se les asegura que en la masonería no se rechaza la religión; mientras tanto, los nuevos significados de los símbolos van extrañando gradualmente al masón novato respecto de una concepción «unilateral» de la religión, para conducirlo a una comprensión «profunda».

Sigo a Mackey en cuanto a los significados de I.N.R.I., que él atribuye al rosacrucismo. De este modo, se le puede enseñar al masón que I.N.R.I. significa la esotérica frase latina *Igne Natura Renovatur Integra* (la naturaleza se renueva por entero mediante el fuego), frase que esconde la concepción naturalista de la institución.

Pero al adepto hay que enseñarle que existen una pluralidad de niveles en la realidad. El mismo símbolo también tiene otro significado alquímico-hermético: *Igne Nitrum Roris Invenitur* (el nitro del rocío se halla por el fuego), en referencia a tres elementos alquímicos: la sal, el mercurio y el azufre. Mackey añade también otra interpretación: los nombres en lengua hebrea de los cuatro elementos: *Iaminim* (agua); *Nour* (fuego); *Ruach* (aire); *Iebschah* (tierra). Alessandro Luzio añade una interpretación más, en sentido político revolucionario: la frase latina *Iustum Necare Reges Impios* (es justo matar a los malvados reyes).

He aquí un ejemplo de la pedagogía retórica que en el masón se va convirtiendo en una segunda piel: podemos estar diciendo lo mismo, pero queremos decir cosas radicalmente contrarias. El masón se habitúa de tal manera a ver esta multiplicidad de «niveles» en la realidad, que puede llegar a convencerse de que profesa realmente una religión, sin considerar que ha sometido los dogmas de aquélla a una relatividad que los transforma esencialmente.